

Reflexión a la distancia: La misión en Cuba



PBRO. MARIO ALEJANDRO ARIAS JARAMILLO ¹

A los queridos lectores de esta revista, les ofrezco, en breve, mi experiencia misionera en Cuba; léanla en tres breves partes: un contexto (“isla aislada”), el motivo de mi presencia allí (“misión”), y el testimonio de una iglesia en sufrimiento que se vuelve evangelizadora (“misioneros”). Conmemoramos así, los 25 años de la experiencia misionera de Medellín para Cuba.

1. La Isla «Aislada».

Haciendo escala en Panamá, se llegaba a la capital: el ambiente, húmedo y caluroso de un mes de septiembre del 2006, me hizo viajar a la infancia: algunas calles sin pavimento, una ciudad medianamente similar al cartagenero -en habla y ambiente-, bicicletas cachonas, autos grandísimos resistiendo a décadas pasadas, sonido de música caribeña, turistas curiosos...total, un viaje en el tiempo, cosa nada romántica, desenlace expreso en subdesarrollo de un régimen que prometió muchísimo.

Nadie como el cubano quien desahoga en la música todos sus afanes, nadie como él isleño de-a-pié capaz de ser acogedor, hospitalario, amigable, en medio de unas condiciones de sometimiento; recuerdo el soneto que hacía famosa a la isla: «azucaaa» decía la cantante, para que luego alguien me corrigiera: “No te la creas chico: el ‘azuca’ que consumimos aquí viene de Cali, Colombia”. Esas palabras me dieron composición de lugar: estaba en un país de crisis y me faltaría ver más.

Entre el fuerte contraste de las primeras semanas emergía el comenzar a comprender un lenguaje español caribeño al que podría acostumbrarme con paciencia. Y entre expresiones como «chico», «oye», «ven acá», tan propio de nuestra costa atlántica, empecé a asimilar las historias de una revolución que les robó identidad a los isleños: el sufrimiento en recordar una política impulsada por el resentimiento, con una lectura entre antagonismos que desde 1959 se había impuesto para entronizar un sistema comunista en el que la fe lucharía por prevalecer.

Los líderes de aquella «involución», sabían que una ideología al estilo bolchevique no era propia de territorios latinos, con un desprecio total por la expresión religiosa; a cambio, y según las circunstancias del lugar, se potenciaría una desvirtuada expresión de hechicería caribeña que ya existía en la gran zona del atlántico; solo que ahora era el reemplazo de una fe que dio frutos en la educación, en lo social, con misioneros provenientes de Italia, y de España especialmente. Allí se hallaba un reto importante para la misión de cualquier evangelizador: cómo lograr la experiencia de la fe, en un mundo que ya creía, pero que creía en un sincretismo -afrocaribeño- intimidante que subvaloraba la riqueza de una tradición católica, que por ser tal sería vista como obstáculo del sistema.

Era por su ideología una isla “aislada” del mundo, pero al interior de la misma, y según los intereses de los líderes militares, cada provincia estaba aislada respecto a las demás; la anulación



¹ Sacerdote de la Arquidiócesis de Medellín.



de comunicaciones y de información generaba aislamiento dentro del aislamiento, y con grandes dificultades los evangelizadores que debían formarse en el seminario llegaban desde las apartadas provincias juntando como en un rompecabezas, los relatos que hacían completar el cuadro de una realidad que cada uno de ellos conocía parcialmente: la tragedia sucedida en una provincia no era noticia, pero los formandos, al encontrarse juntaban sus historias.

2. La Mision.

No se me asignó una parroquia para tal efecto. “Se necesita un profesor” me dijo Mons. Alberto Giraldo, por aquel entonces arzobispo de nuestra arquidiócesis, y en plena efervescencia misionera como proyección de nuestra madurez pastoral en Medellín, un docente y formador, que pudiese acompañar el proceso de enseñanza teológico-bíblico en el seminario San Carlos y San Ambrosio, en el centro de la Habana.

Muy pegado al seminario había unos hoteles, de extraña estructura para ser un hotel; mi curiosidad me hizo preguntar qué habían sido esos edificios de dos plantas que fungían de hoteles, me respondieron: “antes del 1959 fueron colegios de religiosas”. Hubo

un pasado glorioso, y ahora quedaba evangelizar de nuevo, en medio de carencias.

Partí para la isla, agradeciendo a Mons. Giraldo que me había permitido un año de actualización teológica en Roma. De esto se podría compartir algo de lo recibido. Toda el área bíblica a mi cargo fue un tiempo de enriquecimiento académico-teológico, pues ofrecer lo aprendido es la mejor manera de seguir aprendiendo. Y si se trata de fortalecer la fe, mejor aún; pero la enseñanza teológica implica gran responsabilidad: si formar laicos implica responsabilidad, formar futuros ministros lo es mucho más. Un gran amigo en estas nuevas lides fue el P. Carlos Cataño, quien, como vicerrector, hizo una labor admirable conducido por su paciencia y espiritualidad. Un gran compañero fue el P. Jaime Ríos, quien supo ofrecerme su amistad en momentos de dificultad. La tarea formativa estaba acompañada, además, por un sacerdote italiano y otro de las islas canarias.

No sería fácil en un país donde la alimentación no fue y no es fácil. El seminario y las entidades católicas representan la sobrevivencia de sus propios empleados: de las provisiones propias de los formandos era imperativo ofrecer el alimento para las familias de los trabajadores. Y, sin

ARTE RELIGIOSO
diseño y publicidad



embargo, entre generosidad y escasez, la mayoría de los formandos lo daba todo por su capacitación intelectual y espiritual, hambrientos como lo eran, de conocer en profundidad las verdades de su fe, valiéndonos de la oración y de una biblioteca con libros muy desactualizados, pero entre ellos, algunos tesoros literarios.

Me impactaba conocer la historia de algunas vocaciones: el régimen, por supuesto, estaría tendiendo a aprovechar a los más capaces para su causa; con lo que no contaba era con el hecho que, esos jóvenes movidos por la fe, no se dejarían comprar por promesas de ventajas personales o familiares: su camino era anunciar a Cristo, y en eso no habría revés. Uno de ellos me relataba: “tan pronto supieron de mi deseo de ser evangelizador por medio del ministerio sacerdotal, se interpusieron y me llevaron a trabajos agrícolas; y sin embargo llegué al seminario mayor a iniciar mi formación”.

Había provincias acompañadas por algún sacerdote formado en Roma: su compromiso con la evangelización les permitía programar congresos, simposios y eventos similares para mantener despierta y formada la fe de muchos laicos, que, en sus andaduras históricas, no habían conocido las reformas del Concilio Vaticano II, ya que la revolución sucedió algunos años antes del mismo. Así lo viví en la provincia de Camagüey, en un congreso bíblico dirigido a los laicos.

Un reto enorme es la formación de candidatos al ministerio, que viven en medio de un régimen dictatorial: lo rechazan, pero al mismo tiempo, están dentro de él, con la tentación de una mentalidad de la que puede ser difícil separarse. Y así, el sistema sabe que una alternativa es el escapismo: el mismo gobierno concede al seminarista salir del país, solo después de ser ordenado. Concluya usted.

3. Los Misioneros.

Así sucede siempre: llegas a un lugar a hacer misión y terminas evangelizado, porque Cristo está allí antes de que tú llegues.

En la memoria de los seminaristas y laicos comprometidos, permanecía viva la visita de Juan Pablo II, en enero de 1998, allí dejó claro su apoyo al Obispo de Santa Clara -después de hablar de las falencias del gobierno-, cuando pidió al mismo que le acompañase en la concelebración, bajo el malestar de los representantes del régimen. Claro, eso tenía un costo, ignorar, de parte de las autoridades, las necesidades de la iglesia local. Las iglesias empezaban a caerse, digo, los edificios, porque la visita de este

gran pontífice trajo un sentido de valentía que les hacía sobreponerse.

Me llamó muchísimo la atención, esa disponibilidad de los jóvenes, cuando se les convocaba a encuentros o retiros. El tiempo adecuado para ello es la pascua, -en nuestro ambiente lo es más la cuaresma para tal propósito-. Y recuerdo entre los jóvenes haber hallado, a una jovencita desconsolada: “¿Qué te pasa?, le dije. -“Estoy muy triste: mi universidad, me esconde mis notas, anula mis resultados, me imponen pertenecer a las juventudes de su partido, y todo esto me pasa, solo por ser católica”. Su proyecto de vida era violentado, pero su fe la sostenía.

La semana santa de aquel entonces la viví en medio de los feligreses de una parroquia en la provincia de Matanzas. ¡Cuánta fe! ¡Cuánta ansiedad de Cristo! ¡Cuánta esperanza en sus rostros! Vivían la semana mayor como una completa novedad de la que nunca antes habían participado, siempre con el peligro de aquel sincretismo, pero abiertos a ser catequizados en su escucha generosa.

Algunos domingos estuve en una parroquia donde estuvo el P. Jaime Ríos, un municipio de la Habana, Güira de Melena: tierra prospera de agricultura, pero siempre, y por tal motivo, altamente controlada por el estado. Allí ví a diáconos permanentes tomándose muy en serio su compromiso de evangelizadores.

Concluyendo, se puede afirmar sin ambages, que sorprende esta manera de encontrarse con Cristo en latitudes ajenas a las nuestras: muy edificante esa hermosa disponibilidad de los fieles cubanos, ese amor entrañable por la eucaristía como la de un niño recién nacido buscando el alimento que dejó de recibir por mucho tiempo; su tenacidad por vivir la fe, no amenazada de manera directa, sino indirectamente y en primera instancia por un sincretismo que corroe la autenticidad de la fe, su valentía por asumir un compromiso tan en serio que la fe no se apaga, sus sufrimientos frente a una persecución disimulada, mientras el sistema le dice al mundo: “nuestras relaciones diplomáticas con la iglesia son las mejores”.

En uno de aquellos encuentros juveniles de pascua, llegó un joven llevando escondida una botella de licor. Viéndose descubierto le dijeron: “Te la guardaremos para cuando termine el encuentro”. Vivió de tal manera su espacio espiritual, que al final del retiro, ignoró la botella con la que llegó. Misión en Cuba: Cristo resucitado en un ambiente donde la fe la quieren opacar ...sin lograrlo.